

Al amanecer, contemplando el Teide sobre el mar de nubes, se comprende toda la leyenda mítica que los primitivos habitantes de Tenerife (los guanches) crearon en su entorno.

Foto: Piedad de Piel

LAS CAÑADAS DEL TEIDE: JARDIN ENCANTADOR

EL origen de las Atlántidas, las Hespérides o Islas Afortunadas, nombres con los que se han conocido a las actuales islas Canarias, se halla envuelto por las más sugestivas y confusas leyendas del pasado, que, mezclándose a veces con los planteamientos científicos más recientes, encierran todavía en la actualidad numerosos secretos, que ni siquiera el hombre de ciencia ha logrado desvelar por completo.

Aún hay quienes piensan, con mente más poética que científica desde luego, que las islas Canarias son, junto con los restantes archipiélagos atlánticos (Azores, Madera, Salvajes y Cabo Verde), restos de un maravilloso continente, la Atlántida, tal como se narra en los célebres «Diálogos» de Platón.

No es éste, sin embargo, el lugar de discutir las numerosas hipótesis más o menos especulativas que, tal vez no exentas de razón, se han planteado sobre el origen de estas islas. Hoy el criterio que prevalece con práctica unanimidad entre los geólogos es el de que las islas son eminentemente volcánicas. Quiere esto decir que, partiendo desde el fondo del océano, a través de sucesivas y potentes emisiones volcánicas, se han levantado los enormes edificios que, sobresaliendo de las aguas, constituyen en la actualidad las islas.

(*) Del Departamento de Botánica, Facultad de Biología, Universidad de La Laguna (Tenerife).

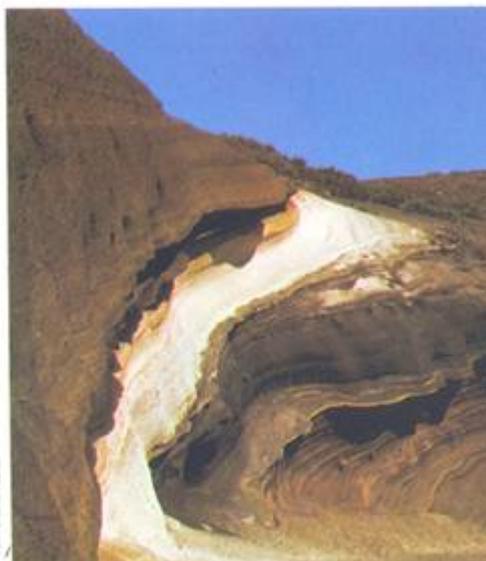


Foto Pérez de Paz/CCV

En el techo del mayor de estos edificios, Tenerife, entre los 2.000 y 3.700 metros de altitud, se asienta el «Jardín de las Cañadas», a lo largo del cual nos proponemos hacer el siguiente paseo, con el fin de conocer sus plantas más espectaculares y llamativas, todas ellas raras endemismos creciendo en su ambiente natural, en un marco de insólita belleza, que, por su incuestionable interés científico y paisajístico, ha merecido ser declarado Parque





A la puerta de Las Cañadas, subiendo por la carretera dorsal de La Esperanza, nos encontramos con esta tarta de cenizas volcánicas: depósitos de piroclastos basálticos (oscuros) y traquíticos (claros).

A la izquierda, mapa de la isla de Tenerife, con sus principales vías de comunicación. A la derecha, plano alométrico de Las Cañadas. (EQUIDISTANCIA de curvas: 200 m.)

Señal inequívoca de que entramos en el «Jardín de Las Cañadas» son los «retamares» de *Spartocytisus supranubius*.

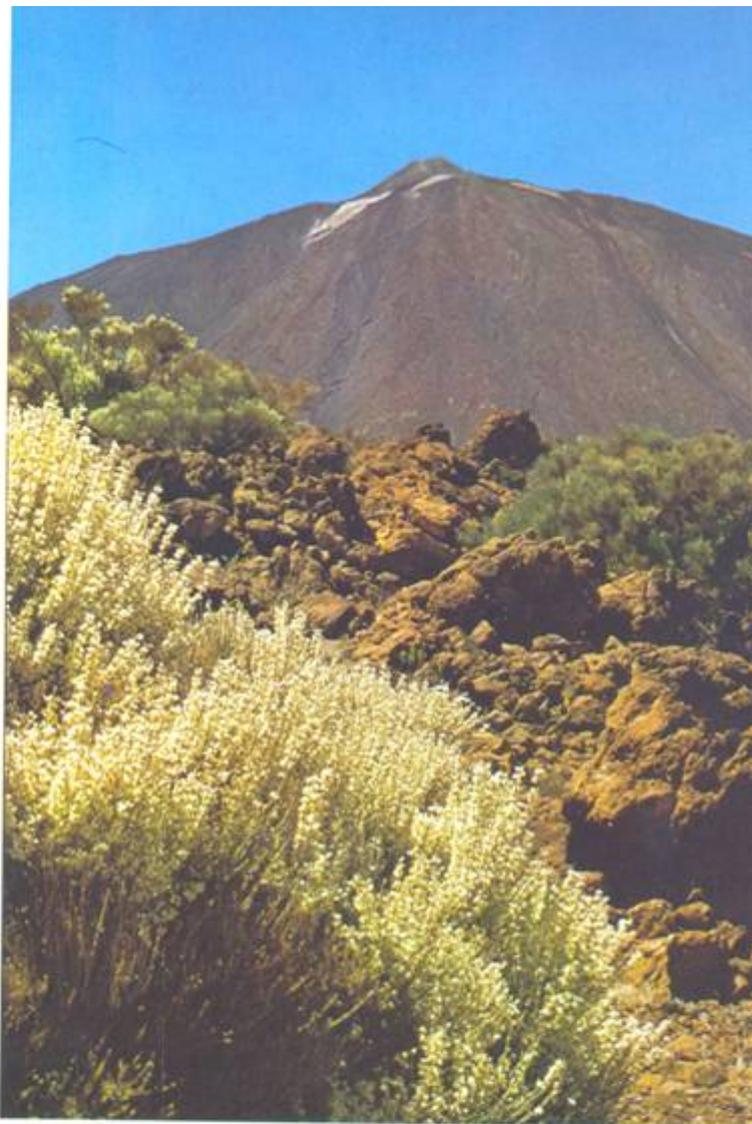


Foto: Fotos de Paco31

Nacional. Ello es una razón más para que todos respetemos y nos comprometamos a conservar con el máximo desvelo y cariño no sólo su flora, sino también su fauna, su geología...; en una palabra, su equilibrio natural, evitando toda clase de intromisiones ajenas al mismo, intromisiones que lamentablemente ya existen, pero que hemos de frenar a toda costa, pues no debe permitirse que unos cuantos especulen con un regalo que la

Naturaleza nos ha brindado a todos, y que bajo ningún concepto nuestra generación tiene el privilegio de utilizar a su antojo, privando así el disfrute de su magnificencia a generaciones venideras.

La visita a este jardín natural puede hacerse por diferentes vías. Varias carreteras parten del litoral isleño y, serpenteando entre profundos barrancos y pronunciadas lomas, trepan por las laderas de la isla hasta conducirnos a él. Por cualquiera de los



Foto: Pinar de Parí QP

caminos, el trayecto no puede ser más fascinante. El visitante, el simple observador profano, tiene ocasión de admirar, en menos de 50 kilómetros de recorrido, infinidad de variados y contrastados paisajes. Desde los secos malpaises inferiores, donde la vida es solamente permitida a ciertas plantas suculentas, adaptadas a vivir bajo un clima seco e inclemente, se pasa al bosque de lauráceas, «monteverde» o laurisilva, de características totalmente opuestas, casi tropicales, en el que helechos y especies frondosas se disputan reñidamente cada palmo de tierra, que, en este caso, se convierte en un caldo de cultivo vegetal. Más arriba, por encima del «mar de nubes» y la espesura de estos bosques, está el pinar. ¿Qué admirar antes: los nobles pinos canarios, que enverdecen con sus elegantes y majestuosas siluetas las escarpadas laderas, o el fantástico techo del mar de nubes, que subyuga hasta el éxtasis al más insensible contemplador?

Los «codonias» (*Adenocarpus viscosus*), con sus vistosas inflorescencias amarillas, acompañan frecuentemente a las crotamas.



Foto: Pinar de Parí QP

La «hierba pajonera» (*Descurainia bourgaeana*) crece frecuentemente formando grupos entre las «retamas», que a distancia, una vez secas sus inflorescencias, semejan rebaños de ovejas.



Las «chahorras» (*Sideritis cretica*), con sus hojas delicadamente aterciopeladas de blanco, son frecuentes en Las Cañadas.



Al igual que la «hierba pajonera», los «alhelises» (*Erysimum scoparium*) crecen entre las «retamas».



la mejor época para visitar Las Cañadas, aunque en ellas, como en cualquier paisaje verdaderamente encantador, cada visita nos depara alguna sorpresa o sensación nueva: una salida o puesta de sol distinta, un cielo diferente, la proyección de una sombra fantástica no vista antes, las tonalidades matizadas de los mares de lava, etc., son variantes que ofrecen múltiples combinaciones irrepetibles. Es ahí donde reside la magia del paisaje.

Permitanos el lector que en nuestro recorrido acompañemos al nombre vernáculo de las plantas el sinónimo latino que utilizan los botánicos, opción a veces imprescindible, dada la rareza de algunas especies conocidas solamente por el lenguaje técnico.

La «retama del Teide» (*Spartocytisus supranubius* (L. f.) Webb et Berth.) es, sin duda, la especie más popular de las leguminosas canarias, no sólo en Tenerife, hecho explicable, sino en todo el archipiélago, cuyos límites se han quedado cortos ante la celebridad de esta planta. Su porte ha sido plasmado en grabados, óleos o acuarelas por numerosos artistas, y pocos somos los que, habiendo visitado Las Cañadas, hemos resistido la tentación de coger una rama en flor y olfatearla, tentación que en el futuro esperamos se limite solamente a la segunda parte de nuestra inclinación, oler su suave aroma, único modo de asegurarnos de que no privaremos a nuestros hijos de mantener este instinto. Dejemos su explotación a las abejas, tal vez más sabias que el hombre, pues, además de bella, la planta es excelente como melífera. Conocida por casi todos los canarios, la «retama» es un arbusto que raras veces sobrepasa los tres metros de alto, de porte casi hemisférico; raíz potente; ramas arqueadas hacia arriba, de tonalidad verde-grisácea igual a la de las hojas, que son fugaces. Las flores, que al llegar la primavera cubren la planta, son numerosas, dispuestas en ramilletes blanco-rosados que se recortan llamativamente en la negrura azabache de las coladas sobre las que se asientan o el azul celeste diáfano del cielo. Sus semillas se dispersan, ya entrado el verano, entre un continuo traqueteo producido por la abertura de los frutos maduros al secarse.

Junto a las «retamas» crece frecuentemente el «codeso» (*Adenocarpus viscosus* Willd.), sin dar lugar por lo general a formaciones tan extensas y homogéneas como las primeras, frente a las cuales destaca por sus flores amarillo-vivo y el olor más empalagoso que desprenden, que en los fuertes días estivales se vuelve más sofocante. Es una mata de porte normalmente aplastado, tendida



Foto: Pérez de Paz (1)

La *Nepeta teydea*, usualmente de flores violetas, se presenta a veces bajo esta curiosa forma albina.

sobre el suelo, del que apenas levanta medio metro; ramas abundantes, intrincadas; las más jóvenes, cubiertas por pequeñas hojas amontonadas, grisáceas y algo pringosas, como las flores y frutos, que se disponen en alegres racimos terminales.

Entre las «retamas» y «codesos», en vaguadas y lomadas, en medio de gleras, malpaisés o llanuras puniticas, crecen por doquier «margaritas del Teide» (*Argyranthemum teneriffae* C. J. Humphries), «alhelies» (*Erysimum scoparium* Brouss), «hierbas pajoneras» (*Descurainia bourgaeana* (Fourn) Schul), «nébedas» (*Nepeta teydea* Webb et Berth), «fistuleras» (*Scrophularia glabrata* Ait), «chahorras» (*Sideritis cretica* L.), «estornuderass» (*Andryala pinnatifida* Ait. var. *teydea* Webb), «malpicas» (*Carlina keranthemoides* L. f.), «spoleosa» (*Bystrpogon origanifolius*

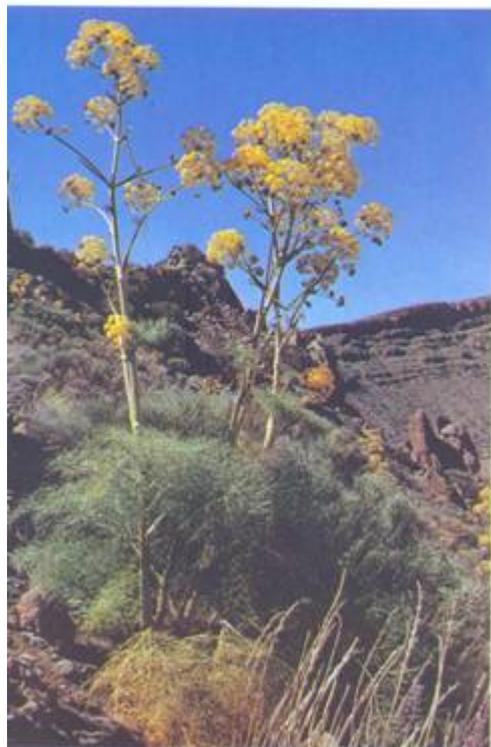


Foto: Roberto de Paz (C/2)

La «cañaheja» (*Ferula linkii*), aunque no exclusiva de Las Cañadas, suele hallarse con frecuencia en gleras de sus laderas.

L'Her.), «tomillos» (*Micromeria lachnophylla* Webb et Berth.), «cañahejas» (*Ferula linkii* Webb), *Pteroccephalus lasiospermum* Link. ex Buch. y muchas más, formando la corte de las especies más dominantes. Unas son hierbas; otras, matas perennes, cuya altura oscila entre el apenas un palmo que ofrecen los «tomillos», hasta los dos metros o más que puede alcanzar un buen ejemplar de «poleo» o los vástagos de la «cañaheja». Sus flores van desde las casi inaparentes de los «tomillos» hasta las más vistosas que adornan los «alhelies», «pajoneras» o «margaritas». El conjunto es una auténtica sinfonía de vistosos y variados colores.

Los acantilados que conforman el Circo de Las Cañadas son, geológicamente, mucho más antiguos que el cono volcánico del Teide y los malpaisés que lo rellenan. Esta particularidad y su

práctica inaccesibilidad ha condicionado el que sus cornisas y grietas hayan servido de refugio a numerosas especies, desde donde, tímidamente, han iniciado un lento proceso de conquista hacia los terrenos más modernos. En sus fisuras pueden admirarse viejos «cedros canarios» (*Juniperus cedrus* Webb et Berth.), que, descolgándose en el vacío, frecuentemente con la huella del hacha en sus troncos, parecen contemplar con regocijo los ejemplares más jóvenes, quizá tataranietos, que crecen con mayor vitalidad en la cornisa de más abajo.

En las laderas externas e internas del Circo, en medio de cascajares y grandes bloques de piedra desprendidos por acción de la erosión, el «taginaste rojo de Las Cañadas» (*Echium wildpretii* Pears. ex Hook. f.) disputa su celebridad a la «retama», a la que quizá en los últimos años, por ser planta más exótica, ha ganado la partida. Tal vez ello no sea justo, pero la verdad es que sus hojas grises y aterciopeladas, dispuestas en un rosetón basal, coronadas por un pirulí carmesí de más de dos metros de alto, conformado por sus flores rojo-encendido, hacen exclamar de admiración. Sus estambres, muy salientes, envuelven y embadurnan a las abejas, que continuamente entran y salen susurrando a su alrededor en busca de la codiciada miel.

Más humilde, pero más delicado, a mi gusto, es el «taginaste picante» o «taginaste azul del Teide» (*Echium auberianum* Webb et Berth.). También es más raro. De aspecto parecido al anterior, pero más pequeño, rara vez alcanza un metro de alto; crece generalmente en grupos de dos, tres o cuatro. La inflorescencia es más corta y laxa, cubierta, al igual que toda la planta, de pelos tiesos y punzantes, que brillan con fuerza a la luz del sol. Dentro de las corolas azul-violáceas resaltan los estambres con polen blanco.

Entre los numerosos conos y coladas volcánicas quedan, a veces, llanos más o menos extensos, como el famoso de Ucanca, en los que, a modo de remansos, se ha acumulado por efectos de la erosión gran cantidad de materiales finos, fácilmente alterables y transformados parcialmente en productos arcillosos que sirven de asiento a la vida vegetal. En uno de esos llanos, casi flotando sobre las pumitas arcillosas, vivía la *Serratula* o «cardo de Las Cañadas» (*Leuzea cynaroides* (Link) Font-Quer), planta que recuerda en casi todo a una alcachofa, con hojas sinuadas, grises, opacas e inflorescencias formadas por un tejado de brácteas plateadas que semejan celofán. Hace poco visitamos su

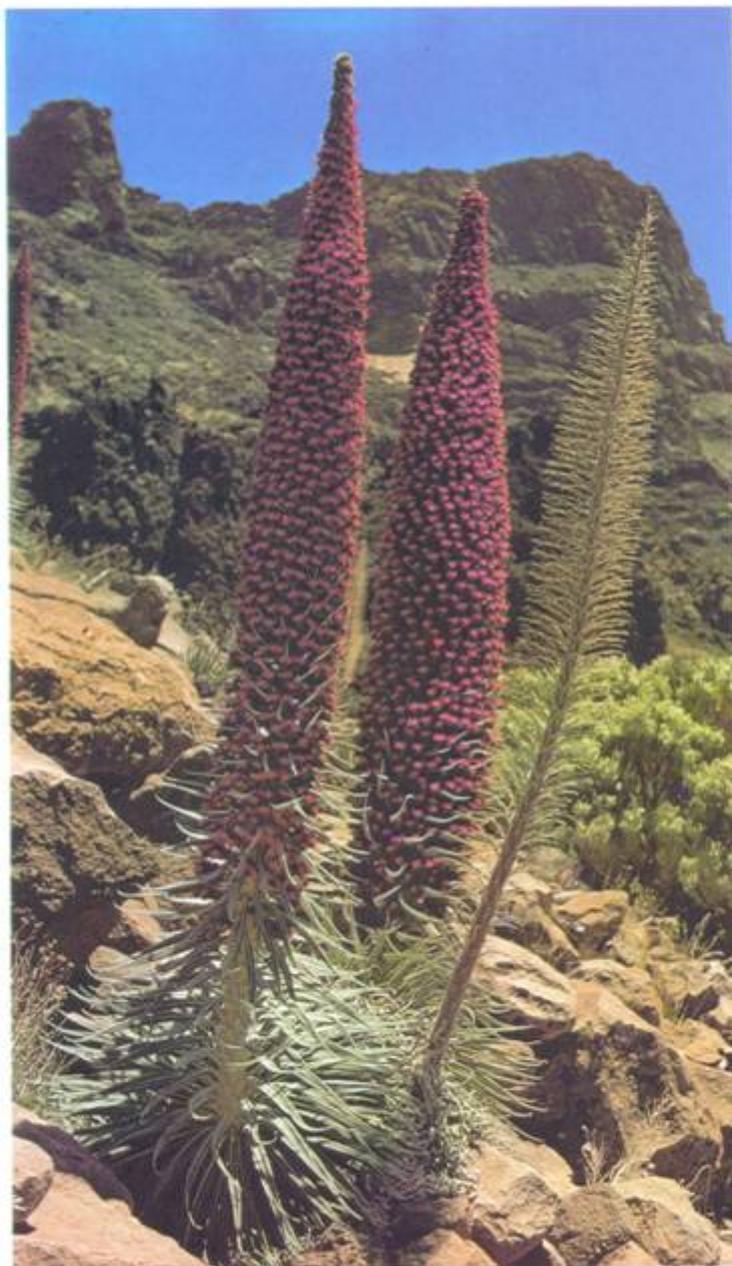


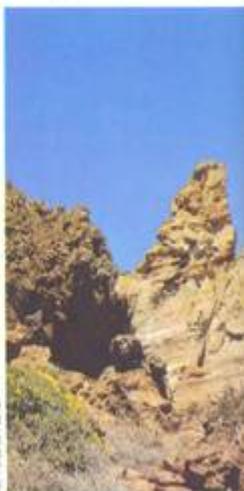
Foto: P. Pérez de Paz (C)

El «taginaste azul o picante» (*Echium auberianum*), extremadamente raro, sólo puede admirarse en un par de localidades de Las Cañadas.

El «taginaste de Las Cañadas o de Teides» (*Echium wildpretii*) es, sin duda, una de las plantas más llamativas de nuestro «Jardín».

Las caprichosas formas geológicas moldeadas por la erosión nos trasladan, en ocasiones, a un planeta extraño.

Foto: P. Pérez de Paz (C)





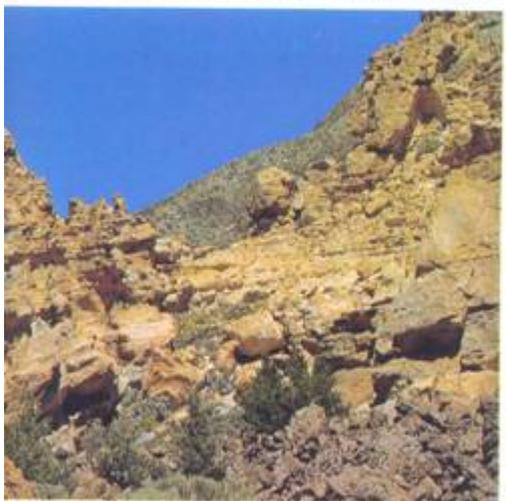
Fot. Peter de Pauw

La «violeta del Teide» (*Viola cheiranthifolia*), descubierta por Humbolt a su paso por las Canarias en su histórico viaje a las Américas, nos muestra sus delicadas flores de suave aroma.

En las fisuras húmedas y sombrías de los acantilados que bordean Las Cañadas, mirando al Norte, no faltan los «orejonetas» (*Greenovia aurea*).



Fot. Peter de Pauw



Fot. Peter de Pauw

localidad clásica y no pudimos hallarla. ¡Qué sensación más triste y desesperada el pensar que ha desaparecido para siempre! Quizá, como usualmente se dice, donde hubo siempre queda. Ojalá sea ésa la dicha y podamos borrar para siempre la elegía de esta maravillosa planta teideana.

Ariba, casi siempre por encima de los 2.200 metros de altitud, en lo más alto de Guajara, en Montaña Blanca o en las empinadas laderas del Teide, perdida entre jirones de lava y migajas de piedra pómez, alimentada por las aguas de deshielo, crece la «violeta del Teide» (*Viola cheiranthifolia* Humb. et Bonpl.). Sencilla y humilde de porte, con hojas parecidas a las del «alhelí», al llegar la primavera se viste de llamativas flores azules matizadas, para recibir con gala al visitante. Seamos, como ella lo es con nosotros, espléndidos y agradecidos. Los enamorados troquen la flor por un beso o por cualquier otra acción que no ultraje al noble y sereno paisaje, ¡pero no la cojamos!

Lo comentado, que se ilustra en las fotos, es sólo el «botón de muestras», una selección entre las especies más raras y aparentes. Sería prolijo el tratar aquí el elenco florístico de nuestro jardín, que, además, me siento incapaz de relacionar sin caer en la monotonía, a lo que es propenso el comentario riguroso de un catálogo integrado por más de un centenar de especies. Ese no ha sido nuestro objetivo y tampoco creemos justo que por mi afán científico o torpeza descriptiva cansara al lector y alguien se sustrajera a la visita de este maravilloso Parque Nacional. Las Cañadas no lo merecen y jamás me lo perdonarían.

Bibliografía

- Araña, V. y J. C. Carracedo, 1978. «Los volcanes de las islas Canarias. I. Tenerife», Ed. Rueda. Madrid.
- Barquin, E., 1978. «Plantas canarias interesantes. Los recursos de las islas». Opúsculo de la III Exposición Regional de Flores y Plantas. Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife.
- Bravo, T., 1954. «Geografía general de las islas Canarias». Tomo I. Ed. Goya. Santa Cruz de Tenerife.
- Ceballos, L. y F. Ortuño, 1951. «Estudio sobre la vegetación y flora forestal de las Canarias occidentales». Ed. 2 (1976). Excmo. Cabildo Insular de Tenerife.
- Sventenius, E. R. S., 1946. «Nota sobre la flora de Las Cañadas de Tenerife». Bol. Inst. Nac. Invest. Agronom., 15 (78): 149-171.